

Ramón J. Sender, periodista: el aprendizaje de la persuasión

José Domingo Dueñas Lorente
I. E. S. Martínez Vargas, Barbastro (Huesca)

Como es bien sabido, en la historia de la literatura española reciente hay periodos de especial aproximación entre periodismo y literatura. No hay más que pensar en los años cincuenta, cuando la novela realista predominante asumió una función de denuncia o desvelamiento de la realidad social que en otros momentos de censura más relajada hubiera podido ser desempeñada por los medios de comunicación. Pero no sólo me refiero a una traslación de funciones sino también a una cierta superposición o confusión de pautas expresivas periodísticas y literarias. Así, un momento ciertamente paradigmático de las interrelaciones entre periodismo y literatura fue el primer tercio de nuestro siglo. De Ramón Sender, en concreto, cabe decir con toda propiedad que ejerció entonces tanto o más de periodista que de novelista. En estos años fue redactor y redactor-jefe de *La Tierra* de Huesca (1919-1923), formó parte de la plantilla de *El Sol* de Madrid (1924-1930), actuó como «redactor-corresponsal» del diario anarquista barcelonés *Solidaridad Obrera* (1930-1932), fue colaborador asiduo del periódico madrileño *La Libertad* (1930-1936), director durante un breve periodo del comunista *La Lucha* (1934), fundó y dirigió la revista quincenal de «Información literaria y orientación» *Tensor* (1935), figuró en el comité de redacción de la valenciana *Nueva Cultura* en su primera etapa

EL LUGAR DE SENDER

(1935-1936) y ya durante la guerra formó parte activa del comité del semanario republicano elaborado en París *Voz de Madrid* (1938). O, en fin, entre 1924 y 1939 firmó alrededor de mil textos para periódicos y revistas.

Este Sender anterior al exilio es el que nos va a ocupar aquí casi exclusivamente porque a partir de 1939 ya no puede decirse de él que ejerciera en sentido estricto como periodista, sino como un escritor que colaboraba, con bastante asiduidad por cierto, en la prensa, una vez declinado por circunstancias sobradamente conocidas el empeño movilizador, el afán de incidir de manera inmediata en el curso de la historia con que se había consagrado antes al quehacer periodístico. De forma muy ilustrativa en este sentido, el propio autor diría después que al salir de España dejó de escribir «una literatura de combate para escribir una literatura, por decirlo de un modo un poco absurdo, de iluminación».¹

LA ÉPOCA MÁS BRILLANTE DEL PERIODISMO ESPAÑOL

Claro está que Sender no fue, ni mucho menos, un caso aislado. Otros muchos accedieron entonces como él a la literatura por el camino del periodismo o alternaron durante años y con parecida fidelidad el quehacer periodístico y el literario. Por algo los historiadores de la prensa localizan en aquel primer tercio del siglo «La época más brillante del periodismo español».²

Josep Lluís Gómez señala, por ejemplo, que en España la denominada «prensa de masas» inicia su «despegue» en los años de la primera guerra mundial y alcanza la «consolidación» durante la Segunda República, de manera —continúa— que «[e]n este periodo de unos veinte años se gestó la prensa moderna española».³ Enric Marín afirma que entre la primera guerra mundial y la segunda la industria informativa impresa no sólo se asentó definitivamente en España sino que logró superar carencias anteriores hasta poder homologarse con la de los demás países industrialmente avanzados.⁴

Una confluencia de factores hizo posible tal circunstancia: un apreciable incremento desde las últimas décadas del siglo XIX de la población urbana, acompañado por la transición desde un sistema de producción

¹ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1969, p. 91.

² Pedro GÓMEZ APARICIO, «La época más brillante del periodismo español (1898-1921)», *AEDE*, 1 (junio de 1979), pp. 40-44. Para Enric Marín, «el periodo más brillante tuvo lugar, sin embargo, en los años de la Segunda República»; *vid.* Enric MARÍN, «Estabilización y novedades en la prensa diaria», en Jesús TIMOTEO ÁLVAREZ y otros, *Historia de los medios de comunicación en España*, Barcelona, Ariel, 1989, p. 111.

³ «¿Existió en España prensa de masas? La prensa en torno a 1900», en Jesús TIMOTEO ÁLVAREZ y otros, *op. cit.*, p. 29.

⁴ *Ibid.*, p. 104.

básicamente agrario a otro industrial, una ampliación notable de la tarea alfabetizadora en el periodo de entresiglos, la propia inestabilidad política del sistema de la Restauración, la instauración del sufragio universal —aunque con importantes restricciones— en 1890, el acceso a la prensa de las primeras promociones de intelectuales, el desarrollo tecnológico del sector periodístico impulsado por la acumulación de capital que supuso para la economía española la neutralidad en la guerra del 14, etc.⁵

Al volcarse en el periodismo, los escritores no hacían, pues, en gran parte, sino atenerse a las condiciones que imponía la producción cultural del momento en España. El propio Menéndez Pidal registraba en 1925 que las colaboraciones periodísticas suponían para los literatos una fuente más nutrida y segura de ingresos que el libro.⁶ Y es que si el público empezaba a leer la prensa en número ostensible era aún muy reducido el que compraba y leía libros.⁷ Pero tal vez el testimonio más ilustrativo de todo este proceso reseñado aquí muy a grandes rasgos sea la justificación que en 1932 esbozaba el propio José Ortega y Gasset de su personal inclinación a escribir en los periódicos:

En nuestro país ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar [...]. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico [...]. El artículo de periódico es una forma imprescindible del espíritu, y quien pedantescamente lo desdeña no tiene la más remota idea de lo que está aconteciendo en los senos de la historia.⁸

EL HACERSE DE UN ESCRITOR

No cabe duda, pues, de que el periodismo tiñó con su impronta todo el proceso cultural y literario de la Edad de Plata. En lo que respecta a Sen-

⁵ Varias de estas razones y otras apunta Enric MARÍN —ed. cit., pp. 110-111— como explicación de la excepcional coyuntura periodística que culminó en la Segunda República. Las bases de este proceso pueden apreciarse en Serge SALAÜN y Carlos SERRANO, eds., *1900 en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991 (vid. especialmente las aportaciones de Jean-Louis GUEBREÑA, «Las instituciones culturales: políticas educativas»; Carlos SERRANO, «Los “intelectuales” en 1900: ¿ensayo general?», y Brigitte MAGNIEN, «Cultura urbana»). También es ilustrativo el análisis de la función social de la prensa en España en aquellos años llevado a cabo por Jesús TIMOTEJO en «Decadencia del sistema y movimientos regeneracionistas», en Jesús TIMOTEJO y otros, *op. cit.*, pp. 11-26.

⁶ *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de don Eduardo Gómez de Baquero el día 21 de junio de 1925*, Madrid, Tipografía de la Revista Archivos, 1925, p. 51.

⁷ Con una argumentación semejante explicaba GÓMEZ DE BAQUERO la espectacular profusión del ensayo a principios de siglo. Detectaba *Andrenio —El renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Mundo Latino, 1924, p. 107—, entre otras cosas, «la formación de una clase media intelectual que acaso no puede leer tratados pero sí puede leer ensayos».

⁸ *Obras completas VI*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 352-354.

EL LUGAR DE SENDER

der, trataremos de apuntar algo acerca de cómo y en qué medida esta atmósfera periodística determinó su trayectoria en cuanto escritor. Para ello me parece especialmente relevante atender a las circunstancias en que el novelista se inició, siendo todavía adolescente, en ese mundo de la escritura que le envolvería ya como su segunda piel hasta la muerte.

En Zaragoza, con quince años, vio publicadas, y ya no sólo en revistas escolares, sus primeras creaciones literarias de que tenemos noticia. Según ha precisado Jesús Vived, Sender vivió en Zaragoza desde junio de 1914 a principios de 1918, es decir, desde los trece a los diecisiete años, aproximadamente.⁹ Antes había residido en Chalamera, Alcolea y Tauste y había estudiado como interno durante un curso en el Colegio de la Sagrada Familia de Reus, donde representó el papel de Segismundo en *La vida es sueño*, de Calderón, cuyo impacto —a la par que el famoso monólogo— conservó el novelista de por vida. Su madre, según confirma también Jesús Vived, transmitió a este su primer hijo varón vivo la afición a la lectura; incluso ella misma en su primera juventud se había iniciado, si bien tímidamente, como escritora.

Pero no parece menos determinante en la dedicación precoz de nuestro autor la mencionada estancia en Zaragoza, a la sazón una ciudad que había superado ya los cien mil habitantes y que ofrecía, sin duda, a diferencia de los anteriores lugares de residencia, verdaderas condiciones para fomentar y avivar la fascinación por la letra de molde que recordaba insistentemente el propio Sender en *Crónica del alba*:¹⁰ «la letra impresa fuera de los libros de texto me parecía entonces ungida de divinidad». Y, de hecho, pronto intuyó que sus intereses estaban vinculados a la gran ciudad. Nada más terminado el bachillerato en Alcañiz, con diecisiete años, marchó a Madrid, donde se matriculó en la Universidad para cursar estudios de Letras, que hubiera podido realizar lo mismo en Zaragoza.

La vida literaria zaragozana de la segunda década del siglo ha sido estudiada detenidamente por José Luis Calvo Carilla.¹¹ Por él sabemos que, si bien esta etapa no puede catalogarse de esplendorosa, no es menos cierto que confluyeron entonces suficientes condiciones materiales y espirituales como para comprobar que también en esta capital de provincias fue verdadero signo de época la fascinación juvenil por las bellas letras, así como la consiguiente precocidad en su cultivo. Algo especial había en aquella atmósfera de principios de siglo que empujaba a numerosos adolescentes y jóvenes a enviar en seguida sus escritos a la prensa o a fundar

⁹ Son imprescindibles para conocer estos avatares del primerísimo Sender las condensadas páginas de Jesús VIVED en «La vida de Ramón J. Sender al hilo de su obra», *Alazet*, 4 (1992), pp. 231-241, así como su estudio preliminar —«El primer Sender»— a Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1993, pp. XVI-XXVI.

¹⁰ «El mancebo y los héroes», *Crónica del alba II*, Madrid, Alianza, 1984 (6ª ed.), p. 79.

¹¹ *El modernismo literario en Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989. Para el periodo que aquí nos interesa, *vid.* sobre todo las páginas 151-196.

JOSÉ DOMINGO DUEÑAS LORENTE

una revista literaria tras otra. Recordemos, si no, a aquellos hijos de la burguesía conservadora zaragozana, mauristas ellos mismos, que mientras estudiaban en la Universidad o se iniciaban en profesiones liberales sostuvieron publicaciones como *Lealtad* (1911-1913), *Ambiente* (1912), *Paraninfo* (1914-1916), en las que cultivaron un modernismo entre estetizante y casticista. Y, en no pocos casos, esta fascinación por el halo literario les llevó incluso a la práctica de una bohemia de tono menor, una bohemia «de veraneo donostiarra», según la ha calificado Calvo Carilla.¹²

Por las mismas fechas, la juventud progresista zaragozana frecuentó las páginas de semanarios como *La Idea* (1914-1915) o *El Ideal de Aragón* (1915-1920), órganos del Partido Republicano Autónomo de Aragón y defensores de un «modernismo germinalista» —según J. L. Calvo—, promotores de una veneración costista, casticista y de un regionalismo de izquierdas. Numerosos poetas «quinceaños» —dice Calvo Carilla— y de vocación generalmente pasajera publicaron aquí sus primeros escritos: Avelino Casalé, José Lafuente, Saturnino Fustero, José Azcona, Jesús Vicente Pérez, etc.¹³

Las aspiraciones y referencias de otro quinceaño, Ramón Sender, no debían de andar por derroteros muy distintos. Nuestro autor no estaría muy lejos, por ejemplo, de las coordenadas en que se desenvolvía por entonces un Fernando Castán Palomar, bohemio pertinaz y tardío, tres años mayor que él y que con quince había comenzado a colaborar en el semanario *Lealtad* o con diecinueve contaba ya con dos novelas en la calle.¹⁴ Ni siquiera sería muy diferente su caso al de Luis Franco, quien publicó su primer libro con dieciocho años y que con tal motivo era retratado por el prologuista, Gil Losilla, como «un soñador, encauzado siempre por el derrotero de lo bello, de lo artístico, de lo emocionante; espíritu inquieto, volandero, netamente Quijote, netamente español, bohemio elegante [...]».¹⁵ El propio Sender recordaba que en su adolescencia zaragozana había adquirido «un sentido romántico de la literatura y un respeto —reiteraba— por la letra impresa que me han durado hasta hoy».¹⁶ Y ya en su primer texto publicado en Zaragoza el narrador del relato se confiesa depositario de un «alma de artista».¹⁷

¹² *Ibid.*, p. 160. Entre estos jóvenes cabe mencionar a Ricardo Horno Alcorta, Alberto Marín Alcalde, Miguel Sancho Izquierdo, Agustín Aguilar Tejera, Diego Quílez, Julio Acha, Gil Berdejo, etc.

¹³ *Ibid.*, p. 195.

¹⁴ *Ibid.*, p. 175.

¹⁵ *Apud* José Luis CALVO CARILLA, *ibid.*, p. 170.

¹⁶ «El mancebo y los héroes», *Crónica del alba II*, ed. cit., pp. 119-120. Atribuía aquí Sender buena parte de su temprana inclinación a José María San Pío, joven amigo que «[q]uería hacerse editor profesional y promover talentos nuevos —decía gravemente—», *ibid.*, p. 118.

¹⁷ «Recuerdos infantiles. Noche de ánimas», *La Crónica de Aragón*, 31 de agosto de 1916, p. 4. Recogido por Jesús VIVED en su antología del autor *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit., pp. 5-7.

EL LUGAR DE SENDER

Si nos atenemos a los primeros escritos conocidos de nuestro autor, los que publicó cuando tenía quince años en el diario fundado y dirigido por José García Mercadal, *La Crónica de Aragón*, hemos de convenir en que no fue el periodismo y su capacidad de influencia lo que deslumbró e incitó al adolescente, sino la literatura o, lo que es lo mismo, la imagen del artista y del poeta que destiló el modernismo a revueltas de las conocidas pugnas entre la «gente vieja» y la «nueva». Hans Hinterhäuser percibió hace años la figura del artista en el periodo de entresiglos como una reacción idealista contra la plutocracia y el materialismo positivista de la época.¹⁸ Y tal interpretación ha quedado sobradamente corroborada y desarrollada por María Pilar Celma basándose sobre todo en testimonios de la época. Constatava la estudiosa que, como antes para los simbolistas franceses —por citar los predecesores más inmediatos, en este sentido—, el arte fue para los modernistas un sacerdocio, un sustituto de la religión.¹⁹

Vate, adivino, sacerdote, profeta... son algunas de las palabras empleadas para recalcar la alta misión encomendada a los artistas [...]. El poeta es el intérprete de la divinidad, el que debe descubrir lo incognoscible y desentrañar el misterio que envuelve a toda la creación.

Para los jóvenes modernistas, el artista simboliza y resume, en buena medida, su propia y personal reacción contra lo establecido; la figura del artista es de alguna manera un modelo de héroe susceptible de canalizar la rebeldía juvenil del momento, el desacuerdo generacional incluso. Para aquellos adolescentes que entre los quince y los veintipocos años se empeñaban en escribir y publicar, ser artista o poeta significaba perseguir el ideal, desbordar los horizontes del mundo racionalista y materializado por el positivismo que habían heredado de sus mayores. De ahí aquella abundancia de vocaciones literarias precocísimas y de ahí aquella atmósfera propicia para el cultivo de las letras que respiró Sender en la Zaragoza tardomodernista.

El diario zaragozano *La Crónica de Aragón* había sido fundado en 1912 por J. García Mercadal, su director hasta mediados de noviembre de 1916, en que marchó a Madrid. Señala Carlos Forcadell que en el periodismo zaragozano de la segunda década del siglo cabe distinguir tres ideologías dominantes en pugna: el catolicismo social, representado por *El Noticiero*; un incipiente regionalismo político, encarnado en su vertiente conservadora por *La Crónica de Aragón* y en la progresista por *Tierra Aragonesa* y *El*

¹⁸ *Fin de siglo. Figuras y mitos*, Madrid, Taurus, 1980 (edición alemana de 1977), p. 136.

¹⁹ *La pluma ante el espejo (Visión autocrítica del Fin de Siglo)*, Salamanca, Universidad, 1989, pp. 120-121. Puede verse también, en este sentido, Manuel AZNAR SOLER, «Modernismo y bohemia», en Pedro M. PIÑERO y Rogelio REYES, eds., *Bohemia y literatura. De Bécquer al Modernismo*, Sevilla, Universidad, 1993, pp. 74-88, especialmente.

Ebro, y un republicanismo, contagiado también de regionalismo y plasmado en los semanarios *La Idea* o *El Ideal de Aragón*.²⁰

Con ello, no deja de ser significativo que Sender empezara a publicar en un diario de inspiración regionalista, costista y regeneracionista, y de talante conservador. Su director, el todavía joven J. García Mercadal, era ya un antiguo promotor de publicaciones de índole aragonesista y cultural. En 1908 había fundado la *Revista Aragonesa*, en 1910 el diario *La Correspondencia de Aragón*, en 1912 el semanario *Aragón* y el diario *La Crónica*.²¹ Por otra parte, en 1910 había preparado una antología, *Cuentistas aragoneses en prosa*, que presentaba como el comienzo de «una campaña de propaganda en beneficio de las letras aragonesas, que en la actualidad se encuentran tan necesitadas de un renacimiento para el cual sobran elementos y falta expansión de publicidad».²²

La Crónica de Aragón, en concreto, formaba también parte de esta estrategia difusora de su fundador. Era un periódico de claros «intereses culturales» que asignaba a la literatura —en opinión de Calvo Carilla— «un papel misional, en tanto en cuanto sirviera a sus proyectos de resurgimiento».²³ En un principio, el diario había publicado un suplemento literario, «Los lunes de *La Crónica*», interrumpido en abril de 1913, y el 9 de diciembre de 1915 inició una nueva página literaria semanal titulada «Aragón literario y artístico», donde el 31 de agosto de 1916 apareció el primer cuento senderiano, «Recuerdos infantiles. Noche de ánimas», insertado entre poesías de marcada tonalidad modernista y de otros relatos impregnados de costumbrismo y casticismo.

Jesús Vived, quien ha rescatado del olvido y estudiado los primeros tanteos del autor, localizó cinco escritos senderianos en *La Crónica de Aragón*, aparecidos entre agosto y diciembre de 1916.²⁴ El primero presenta una sencilla estructura de cuento dentro del cuento, se localiza, en la línea de la mejor tradición romántica, en la «noche de ánimas» y ofrece ya una de las características que sería, a la postre, más definitoria de la literatura senderiana: la narración en primera persona, el sesgo autobiográfico, el

²⁰ «La consolidación de la prensa durante la Restauración (1874-1931). Un marco general para la prensa aragonesa», en J. A. DUEÑAS LABARIAS y A. SERRANO DOLADER, eds., *Historia del periodismo en Aragón*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 1990, p. 56.

²¹ Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE y Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, *Historia de la prensa aragonesa*, Zaragoza, Guara, 1979, pp. 127-134; José Luis CALVO CARILLA, *op. cit.*, pp. 141-144 y 183-186, especialmente.

²² *Apud* Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA, «Notas para una historia del cuento aragonés», *Cuentos, recantamientos y conceptillos aragoneses (Antología)*, Zaragoza, Librería General, 1981, p. 40.

²³ *Op. cit.*, p. 185.

²⁴ «Recuerdos infantiles. Noche de ánimas», 31 de agosto de 1916, p. 4; «Domingo de pande-reta», 12 de octubre de 1916, p. 3; «Lo puramente castizo», 14 de octubre de 1916, p. 1; «Del natural... no sería España», 7 de noviembre de 1916, p. 1, y «Ocurre a veces», 2 de diciembre de 1916, p. 4. Los tres primeros están recogidos en la antología de Jesús VIVED, *op. cit.*, pp. 5-11.

EL LUGAR DE SENDER

«yo» como inspiración, fundamento y tema literarios. Además, de acuerdo con la consabida obsesión modernista por los estados anímicos, por la indagación casi enfermiza en el propio «yo», el jovencísimo escritor intentaba dar cuenta sobre todo de cómo incide lo vivido en una conciencia, de cómo se plasma el mundo exterior en un «alma de artista»:

Mi alma de artista —concluía el relato—, embargada de una trágica emoción, sentía cosas sublimes, inexplicables, y ante mis alucinados ojos cruzaban hileras de esqueletos conduciendo en sus angulosos hombros la disforme silueta de un ataúd y un reloj de arena.²⁵

En general, los textos senderianos aparecidos en *La Crónica* redundan en una adjetivación cuidada que contribuye a desmenuzar la realidad, a convertirla en sutiles y matizadas interpretaciones. No obstante, dos de ellos —«Lo puramente castizo» (14-10-1916) y «Del natural... no sería España» (7-11-1916)—, aun con una textura propiamente literaria, se acercan al artículo periodístico de opinión, ya que terciaban en un asunto de actualidad y pretendían sustentar y difundir una toma de postura, el rechazo de la fiesta taurina.

En cualquier caso, estos primeros escritos senderianos, no carentes de valor estético, fueron acogidos por el terreno abonado del regionalismo literario. Y el incipiente escritor no fue ajeno a esta atmósfera, como manifestaba sobre todo en «Lo puramente castizo», donde defendía que lo genuino y castizo aragonés era la jota y no las corridas de toros. El esteticismo casticista que apreció Calvo Carilla como predominante en el modernismo literario en Aragón²⁶ es también el rasgo que mejor define estos tempranos textos de nuestro autor.

En los meses en que Sender colaboró en *La Crónica*, dos escritores firmaban ahí con especial asiduidad y los dos impresionaron particularmente a aquel joven estudiante de bachillerato, según sus posteriores testimonios. Me refiero a José García Mercadal y a Juan Moneva Puyol. La relación personal del oscense con ambos ha sido suficientemente puesta al descubierto por Jesús Vived²⁷ y algo he apuntado yo mismo en otro lugar.²⁸ García Mercadal cultivaba un periodismo literario y retórico, de clara raigambre decimonónica, aunque lleno de sugerencias y buen sentido. En cambio, el resorte, la referencia fundamental del periodismo de Juan Moneva, no era la literatura sino el didactismo. Moneva, catedrático de

²⁵ «Recuerdos infantiles. Noche de ánimas», 31 de agosto de 1916, p. 4; en la antología de Jesús VIVED, *op. cit.*, p. 7.

²⁶ *Op. cit.*, pp. 11-15, sobre todo.

²⁷ «El primer Sender», introducción a Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit., pp. 21-24 y nota 85, especialmente.

²⁸ Ramón J. Sender (1924-1939). *Periodismo y compromiso*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1995, en diversos momentos del capítulo «Redactor regional», pp. 59-89.

JOSÉ DOMINGO DUEÑAS LORENTE

Derecho Canónico de la Universidad de Zaragoza, era sobre todo un moralista, un educador, y su afán por incidir eficientemente en el lector, y en un lector de escasa preparación por lo general, le llevaba a cultivar un periodismo moderno, de estilo agilísimo. El Moneva columnista no daba un momento de tregua, conducía la atención lectora mediante una sintaxis simplísima y saltarina, mediante una prosa resuelta en frases sentenciosas, y a ello añadía frecuentes cambios de perspectiva, un humor fino y otros recursos narrativos como la introducción de personajes, la transcripción de diálogos, etc.²⁹

Jesús Vived ha hecho notar que Sender imitó entonces el cierre de los artículos de Moneva, que concluían con la fórmula «Ciudad» y la fecha del día. Pero parece evidente que no fue esto lo único que deslumbró a aquel quinceañero deseoso de aprender. Por entonces, publicaba Juan Moneva en *La Crónica de Aragón* una columna diaria titulada «Primores ciudadanos», cuya colección formaría años después un libro del mismo título que Sender pudo reseñar ya en las páginas de *El Sol*, en su calidad de «redactor regional» del diario madrileño, y ahí demostraba haber captado bastante de lo sustancial del buen hacer del profesor zaragozano:

El Sr. Moneva es partidario de la prosa donde se ofrece la levadura de las ideas sin fermentar. Gusta de despertar en los espíritus la actividad intelectual y de que cada cual se abra paso en la duda y la inquietud de esos fermentos, hasta hallar la luz de las ideas vírgenes. Quiere sembrar el placer de pensar por cuenta propia [...]. Sus primores son, pues, una doctrina de actividad.³⁰

Si además atendemos a la manera periodística o a la disposición de la prosa en general del propio Sender, parece que sobran razones para considerar a Moneva como uno de los primeros maestros de nuestro autor.

EN MADRID: DE LA NECESIDAD, VIRTUD

Tras una breve y obligada estancia en Alcañiz mientras finalizaba el bachillerato, Ramón Sender se trasladó solo y con diecisiete años a Madrid. Y tanto en Alcañiz como durante sus primeros momentos en la

²⁹ Luis HORNO LIRIA —*En torno a D. Juan Moneva*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1983, p. 17— escribió que «Los clásicos griegos y latinos, el Dante, el teatro español del XVII, Shakespeare, los grandes autores extranjeros y los novelistas españoles de su tiempo fueron por él leídos y estudiados y le crearon un estilo sentencioso, sincopado, lleno de vida, de fuerza y de jugo, que le hacen incomparable —por superior— a cualquier otro aragonés contemporáneo».

³⁰ «Notas de la redacción. *Primores ciudadanos*», *El Sol* [Madrid], 30 de abril de 1925, p. 3. Eran notas anónimas de las que hablaremos después pero una confluencia de factores lleva a atribuir las con toda seguridad a Sender; *vid.* al respecto José Domingo DUEÑAS LORENTE, *Ramón J. Sender (1924-1938). Periodismo y compromiso*, ed. cit., pp. 59-68.

EL LUGAR DE SENDER

capital cultivó una poesía de marcado corte modernista,³¹ lo que nos confirma en que su aliento inicial no fue periodístico, a pesar de publicar frecuentemente en la prensa, sino literario.³²

Diría luego el escritor que había ido a Madrid empujado por el deseo de ver las «grandes figuras, rey, jefes políticos, grandes responsables de lo bueno o lo malo».³³ Pero si tenemos en cuenta su ya demostrada afición a las letras, así como la significación del Madrid del momento en el conjunto de la producción literaria española, parece probable que esa confesada curiosidad juvenil incluyera también el deseo de conocer la animada vida literaria de la capital. Manuel Aznar ha señalado, en referencia al periodo de entresiglos, un «crecimiento espectacular de jóvenes vocaciones literarias llegadas a Madrid desde los cuatro puntos cardinales de España».³⁴ Y Alonso Zamora Vicente cree que entre nosotros la bohemia literaria como tal fue «un fenómeno exclusivamente madrileño», ya que, «[c]omo fruto del centralismo, todo confluye en Madrid, todo el mundo se lanza a la conquista de Madrid»,³⁵ y añade que en España la llamada poetambre modernista, la bohemia «como estilo de vida y como función literaria», hay que darla por concluida «con la huelga general revolucionaria de 1917».³⁶

A los estertores de este mundo mágico llegó, pues, Sender, pero todavía con tiempo para vivir las estrecheces propias de los meritorios de la literatura, ya que pasó alguna temporada sin domicilio fijo, entre el parque del Retiro y el Ateneo y, al parecer, con los escasos recursos que le proporcionaban sus escritos,³⁷ publicados en varios diarios de la capital, *España Nueva*, *El País* y *La Tribuna*.³⁸

Es sabido que los periódicos fueron entonces el cauce más propicio y socorrido de los jóvenes pequeñoburgueses que en provincias o en Madrid pretendían hacerse un nombre en la literatura. En la capital, Sen-

³¹ Poemas recogidos por Jesús VIVED en Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit., pp. 19-24.

³² Muchos años después (1957), en el prólogo a *Los cinco libros de Ariadna*, Barcelona, Destino, 1977, p. 7, escribía Sender: «Este libro de prosa está escrito, como otros míos, *sub species poetica*. [...] Ya pasada la juventud pero no el amor juvenil por la vida me gusta comprobar que mi acento natural era la poesía [...]».

³³ Ramón J. SENDER, en respuesta a un «Cuestionario» que le propuso Francisco CARRASQUER en noviembre de 1966, *Boletín Senderiano*, 2, en *Alazet*, 3 (1991), p. 175.

³⁴ Manuel AZNAR SOLER, «Modernismo y bohemia», en Pedro M. PIÑERO y Rogelio REYES, eds., *op. cit.*, p. 77.

³⁵ «Nuevas precisiones sobre *Luces de bohemia*», en Pedro M. PIÑERO y Rogelio REYES, eds., *op. cit.*, p. 11.

³⁶ *Ibid.*, p. 22.

³⁷ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1969, pp. 75-77; Ramón J. SENDER, *Crónica del alba III*, ed. cit., pp. 57-61.

³⁸ Jesús VIVED, «El primer Sender», introducción a Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit., pp. XLI-LVI.

der hizo de la necesidad virtud y se adaptó plena y velozmente a la pauta estilística e ideológica del periodismo en general y de los periódicos que eligió como cauce expresivo, en particular. De acuerdo con los rastreos de Jesús Vived,³⁹ Sender, durante su temprana estancia madrileña, publicó en *España Nueva* bajo el pseudónimo de *Lucas La Salle* todos sus escritos periodísticos de entonces —once en total, aunque dos fueron tachados por la censura—, el primero el 25 de mayo de 1919 y el último el 10 de julio del mismo año,⁴⁰ poco antes de que el joven literato fuera llevado por su padre a Huesca, donde vivía entonces el resto de la familia.

España Nueva, «Diario de la noche», había sido fundado por Rodrigo Soriano y se mostraba como defensor irreductible de un republicanismo de izquierdas, adobado con simpatías hacia el sindicalismo anarquista. Allí publicaba entonces el destacado dirigente de CNT Manuel Buenacasa o, los más asiduos, Ángel Samblancat y Gil Bel, aragoneses de tendencia libertaria, cultivadores de un periodismo moderno, ágil, de variados recursos. A diferencia de lo publicado poco antes en *La Crónica*, aquí Sender, bien adaptado a la línea ideológica del diario madrileño, puso en práctica un periodismo combativo, liberal, antimonárquico, defensor del movimiento sindical de Andalucía o Cataluña.

Sender irrumpió en el diario con una crónica, según la catalogación del propio autor, minuciosamente pensada para impactar, para hacer valer su texto. Así se ha de entender ya el propio título «Cuando caían las hojas. Leiba Bronstein», verdadero nombre de León Trotski. Se narraba aquí nada menos que un hipotético encuentro con el revolucionario ruso durante la reciente estancia de éste en España. La figura, las palabras, los gestos del político eran desgranados pormenorizadamente hasta apuntar incluso algunos rasgos psicológicos del personaje deducibles de su apariencia externa. Sin embargo, como ha puesto en evidencia Jesús Vived, tal encuentro no pudo ser real: cuando Trotski pasó por España entre noviembre de 1916 y enero de 1917 Sender era un adolescente de quince años que estudiaba bachillerato en Zaragoza.⁴¹

Sorprendemos, pues, al aspirante a escritor arbitrando sus propias estrategias para hacerse un hueco en el disputado mundo del periodismo.

³⁹ *Ibid.*, pp. XLI-LIII.

⁴⁰ «Cuando caían las hojas. Leiba Bronstein», 25 de mayo de 1919, p. 3; «Los limpiabotas», 1 de junio de 1919, p. 3; «El triunfo de Galileo», 4 de junio de 1919, p. 3; «Absurdos de la vida social I. Un soberano cacique», 11 de junio de 1919, p. 3; «Absurdos de la vida social II», 14 de junio de 1919, p. 2 (en blanco, por la censura); «Las fantasías de D. Ángel y el problema de Andalucía», 16 de junio de 1919, p. 2; «Absurdos de la vida social III. La censura», 23 de junio de 1919, p. 3; «Absurdos de la vida social IV», 26 de junio de 1919, p. 3 (censurado, en blanco); «Absurdos de la vida social V y último», 27 de junio de 1919, p. 3; «¡Romanones, no!», 7 de julio de 1919, p. 3; «Una bacanal regia», 10 de julio de 1919, p. 4.

⁴¹ «Sender y Trotski», *Artes y Letras*, suplemento de *Heraldo de Aragón* [Zaragoza], 18 de abril de 1991, p. 1, y «El primer Sender», introducción a Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit., pp. XLIV-XLV.

EL LUGAR DE SENDER

Sender parecía ya muy consciente de que la virtualidad de un género como la crónica —o, en general, la de todo el periodismo de opinión— dependía en buena medida de la propia condición del emisor, es decir, de la posición y características del «yo» opinante, y parece, en fin, que con diecisiete años entendía ya que el «yo» que hablaba en sus artículos no podía ser del todo él mismo.

Si, como afirma —entre otros muchos— Josep Maria Casasús, la práctica periodística supone siempre un acto de persuasión, ya sea *implícita* —en el caso de los géneros informativos— o *explícita* —en los géneros argumentativos o interpretativos—,⁴² no es lo de menos en el logro de tal objetivo la proyección de una imagen del emisor persuasiva en sí misma. En este camino, Sender aprovechaba el sobreentendido realismo con que habitualmente se leía el género utilizado, la crónica, para reforzar su propia autoridad como emisor.⁴³

El mismo procedimiento seguía en otro texto publicado poco después, «En casa de la marquesa de Urquijo. Una bacanal regia» (10-7-1919), o, en menor medida, en «Las fantasías de D. Ángel y el problema de Andalucía» (16 de junio de 1919). En el primero el narrador se autopresentaba como infiltrado en una fiesta aristocrática, a la que había acudido incluso el rey y de la que el periodista daba cumplida cuenta a sus lectores con bien expresa intención cáustica:

Asistí a ella como el más vulgar conde. Perdón, lector. Esta información creí que habría de justificar mi delito. ¿Que cómo entré? No te importe. Sabe que estuve toda la noche entre nuestra distinguida chusma.⁴⁴

El narrador es, pues, un personaje de su propio relato, cómplice del lector, pero con la pátina de superioridad o prestigio que le otorgaba el haberse internado misteriosamente en el vedado campo del enemigo; un narrador que confesaba que, una vez en la fiesta, se había quitado el hambre atrasada sin contemplaciones o que se había limpiado con disimulo el brazo rozado por el rey al cruzarse con él.⁴⁵

En el artículo dedicado días antes a condenar las iniciativas de Ángel Ossorio y Gallardo en contra del sindicalismo andaluz («Las fantasías de

⁴² Josep Maria CASASÚS y Luis NÚÑEZ LADEVÉZE, *Estilo y géneros periodísticos*, Barcelona, Ariel, 1991, p. 97.

⁴³ Ya en 1906, Rafael Mainar definía la crónica como «la información comentada» y «el comentario como información», cit. por G. MARTÍN VIVALDI, *Géneros periodísticos. Reportaje, crónica, artículo*, Madrid, Paraninfo, 1987, 4ª ed.

⁴⁴ «En casa de la marquesa de Urquijo. Una bacanal regia», *España Nueva* [Madrid], 10 de julio de 1919, en Jesús VIVED, ed., Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit., p. 36.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 39. Resulta paradigmático de este proceder el escrito que Valle-Inclán remitió a *Alma Española* en 1903, titulado «Autobiografía», en el que, como es bien sabido, confesaba, entre otras cosas, haber asesinado a *sir* Roberto Yones en el curso de una travesía marítima.

JOSÉ DOMINGO DUEÑAS LORENTE

D. Ángel y el problema de Andalucía»),⁴⁶ el «yo» figuraba como argumento de autoridad:

Yo he visto en Córdoba hace dos años, nada más que dos años, a un hombre viejo de setenta y ocho años (tuve la curiosidad de preguntarle) arrastrarse por los próximos caminos con un borriquillo recogiendo estiércol para una granja y ganando, a fuerza de sudor y de cansancio (era pleno septiembre), ¡¡¡treinta céntimos diarios!!!

El biógrafo del autor, Jesús Vived, muestra, por su parte, serias dudas acerca de la realización de tal viaje a Córdoba.⁴⁷

PERIODISMO, LITERATURA, PÚBLICO: INTERDEPENDENCIAS

Con todo, cabe apreciar que tanto el periodismo inicial y de autoafirmación que Sender cultivó en su primerísima juventud como el patrón literario del modernismo, al que se acogió hasta bien entrados los años veinte, le indujeron a un tipo de escritura en que el «yo» se convertía, comúnmente, en el factor nuclear: en los textos de rango periodístico un «yo» confesional y testimonial, argumento de autoridad de lo dicho pero también instrumento de persuasión y, como tal, despegado del autor para transformarse en personaje de ficción; en los escritos de corte más literario, el «yo» aparece también como emisor, pero sobre todo como objeto de indagación y exploración de acuerdo con el extendido gusto del modernismo por la introspección y el autoanálisis (así en el citado «Recuerdos infantiles. Noche de ánimas» o en el cuento «Las brujas del Compromiso»).⁴⁸

Tales pautas contribuyen, a mi entender, a explicar algo más acerca de la disposición autobiográfica de buena parte de la obra senderiana, y ello de acuerdo con la intuición que Roger Duvivier expuso hace ya bastantes años:

[...] estoy llegando a pensar que una aproximación correcta de la actitud autobiográfica de Ramón J. Sender obliga previamente a hacer un balance de las relaciones de la vida y la obra tal y como se observan en el primer periodo de actividad literaria del autor, extendido desde una edad muy temprana hasta el principio del exilio.

A lo largo de este periodo y desde sus primeros momentos, Sender como escritor es casi indisociable de individuo socialmente activo; el periodista asegura de alguna manera el acuerdo entre los dos personajes.⁴⁹

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 29-31.

⁴⁷ *Ibid.*, p. XLVI.

⁴⁸ *La Tribuna* [Madrid], 6 de julio de 1919, pp. 6-7.

⁴⁹ «Les prémisses de l'œuvre autobiographique dans la première époque de l'écrivain Ramón J. Sender», AA. VV., *L'autobiographie en Espagne. Actes du II Colloque International de la*

EL LUGAR DE SENDER

Y piensa Duvivier que por este camino llegó Sender a la «fórmula» novelesca que inició con *Imán* (1930) y que mantendría en gran medida después, «una forma de novela que pone la historia propia al servicio de una causa», el mismo procedimiento que con «fines didácticos» —dice Duvivier— utilizaría Sender al hacer «pura y simplemente obra de periodista», como en los reportajes sobre la matanza de Casas Viejas (1933).⁵⁰

En mi opinión, *Imán* supuso, efectivamente, una primera culminación y confluencia de las dos modalidades de escritura que Sender venía practicando desde sus primerísimos tanteos: la manera de corte e intención periodísticos y la de pretensión y planteamiento literarios; dos procesos desarrollados de acuerdo con pautas distintas pero, claro está, con múltiples contaminaciones entre sí.⁵¹ Si poco hay que decir de lo que en *Imán* recuerda la forma del reportaje periodístico, tal vez no esté de más insistir en lo que hay en la novela de propiamente literario e incluso de poético. Muy recientemente Jean-Pierre Ressayre ha apuntado como rasgo sustancial de *Imán* «la poétisation du réel, qui va souvent jusqu'à la transposition fantastique»,⁵² y entiende la obra no tanto como un relato objetivista sino sobre todo como la historia de la destrucción de una conciencia, la de Vianca. Con ello hay que pensar que Sender en 1930, a pesar de su incipiente compromiso, no se había desprendido del todo del ámbito temático más característico del modernismo, el del mundo interior, el del «yo», en el que desemboca, se plasma y se transforma la realidad exterior.

Poco después de que concluyera su aventura madrileña, Sender empezó a escribir en *La Tierra* de Huesca, semanario desde octubre de 1919 y diario desde la primavera de 1921, órgano de la Asociación de Labradores y Ganaderos del Alto Aragón, de la que el padre del escritor era gerente. La Asociación agrupaba a «una oligarquía rural naciente» cuyo ideario se asentaba «en los cuatro amores santos»: religión, familia, patria y propiedad,⁵³ y cuyos intereses fueron ardientemente defendidos por el joven

Baume-les-Aix, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1982; traducido en José-Carlos MAINER (ed.), *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica*, Zaragoza, Diputación General de Aragón et al., 1983, p. 137.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 146-147.

⁵¹ Para una lectura de *Imán* como combinación de realismo acendrado y elementos poéticos, vid. Rafael BOSCH, «La *species poetica* en *Imán*, de Sender», *Hispanófila*, 14 (1962), pp. 33-39. Recogido en José-Carlos MAINER, ed., *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica*, ed. cit., pp. 291-297.

⁵² «Présentation», Ramón J. SENDER, *L'Aimant*, presentación, traducción y notas de Jean-Pierre RESSAYRE, París, Imprimerie Nationale, 1994, p. 28.

⁵³ Roger DUVIVIER, «Las mocedades de Ramón J. Sender en el periodismo altoaragonés: Índole e hitos de su actuación en *La Tierra*», Mary S. VÁSQUEZ, ed., *Homenaje a Ramón J. Sender*, Newark, Juan de la Cuesta, 1987, pp. 27-29.

periodista, que ejerció como director de hecho mientras la publicación fue semanal y como redactor-jefe desde que se convirtió en diario hasta principios de 1923, en que Sender marchó a Marruecos para cumplir el servicio militar.⁵⁴

Del periodismo y la literatura que el escritor publicó en *La Tierra* —de muy difícil acceso para el investigador— ha recogido una amplia muestra Jesús Vived, en su recopilación y estudio de los *Primeros escritos (1916-1924)* del autor,⁵⁵ y antes Roger Duvivier, una breve antología.⁵⁶ Evidentemente, Sender debió de practicar en *La Tierra* un abundante y anónimo periodismo de información; en no pocas ocasiones se vería obligado a «hinchar» los escuetos telegramas⁵⁷ o, por el contrario, a pulir, aligerar y dar forma periodística e informativa a textos ajenos o a poner por escrito lo que llegaba a la redacción por teléfono u otros cauces, según recordaba el propio Sender en el currículum que presentó a *El Sol* en 1924.⁵⁸

Pero al mismo tiempo frecuentó muy asiduamente un periodismo de opinión o interpretación en el que apreciamos voluntad de estilo, afán de convicción, construcción de una imagen seductora del «yo» opinante, adiestramiento y variación de la prosa de acuerdo con las intenciones comunicativas de cada caso. Sender sostuvo atrevidas polémicas que necesariamente debieron de acendrar sus recursos persuasivos y argumentativos, escribió artículos de opinión en los que, según Duvivier, osciló a menudo entre el adoctrinamiento costista y la ironía de Cavia,⁵⁹ reseñó estrenos teatrales, firmó crónicas de viaje, reportajes, entrevistas, etc. Un periodismo de opinión e interpretación variado pero pasado una y otra vez por el tamiz de la literatura, según lo demuestra la cuidadísima selección léxica, la abundante adjetivación, las licencias del autor, etc. Aparte, publicó en *La Tierra* poemas y cuentos de marcado cariz modernista. Con todo, cabe distinguir las dos maneras que señalábamos antes

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 25-46, y Jesús VIVED, «La vida de Ramón J. Sender al hilo de su obra», art. cit., pp. 239-241, especialmente, y «El primer Sender», introducción a Ramón J. SENDER, *Primeros escritos (1916-1924)*, ed. cit., pp. LVII-CXII.

⁵⁵ Ed. cit., pp. 49-207.

⁵⁶ «Las mocedades de Ramón J. Sender en el periodismo altoaragonés: Índole e hitos de su actuación en *La Tierra*», en Mary S. VÁSQUEZ (ed.), *Homenaje a Ramón J. Sender*, ed. cit., pp. 37-45.

⁵⁷ Francisco AYALA recordaba —*La retórica del periodismo y otras retóricas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 42— que en su juventud como redactor de *El Debate* «me adiestré yo en aderezar —hinchar— los sucintos telegramas, y en darle vuelta —como se decía— a noticias obtenidas de segunda mano, sacadas de fuentes menos directas, para de ese modo disimular su origen».

⁵⁸ ANÓNIMO, «¿Quién es? Ramón J. Sender», *Arriba* [Madrid], 21 de enero de 1969, p. 2.

⁵⁹ Roger DUVIVIER, «Las mocedades de Ramón J. Sender en el periodismo altoaragonés: Índole e hitos de su actuación en *La Tierra*», Mary S. VÁSQUEZ (ed.), *Homenaje a Ramón J. Sender*, ed. cit., p. 34.

EL LUGAR DE SENDER

—la periodística y la literaria—, si bien, como ya apreció Roger Duvivier, las confusiones entre ambas son abundantes, de modo que en la mayoría de sus escritos asoma el «espíritu lúdico», el apunte subjetivo, la consideración banal, «el dilema entre la relevancia del mensaje y la voluntad de estilo».⁶⁰

A pesar de tan considerable bagaje, el Sender maduro atribuía lo sustancial de su aprendizaje a su paso por *El Sol*, de Madrid, a cuya redacción perteneció durante seis años (1924-1930). Bien sabido es lo mucho que significó *El Sol* como modelo periodístico, confluencia de intelectuales y empeño reformista en la España de entonces, especialmente en los años en que estuvo presidido por Nicolás de Urgoiti y patrocinado intelectualmente por Ortega, es decir, entre 1917 y 1931.

Cuando Marcelino C. Peñuelas preguntaba a nuestro autor por su formación como escritor, respondía éste que en su caso «no hay misterio alguno. Trabajando en un periódico muy intelectual como *El Sol*, pues... se asimila eso de una vez para siempre». Y con respecto a las particularidades de su prosa, explicaba Sender:

¿Tú sabes lo que es estar, como te digo, seis u ocho años no sólo escribiendo cada día, sino corrigiendo materiales que te enviaban a la mesa; que tú debías limpiar de redundancias y repeticiones y dejarlos reducidos a la pura esencia informativa? Con lo cual llega un momento [en] que has asimilado por lo menos una virtud. La de discriminar y no decir sino cosas interesantes, ¿comprendes? Es decir, no ser aburrido.⁶¹

Así pues, Sender venía a compendiar su proceso formativo como narrador en el hecho de haber aprendido a discernir lo realmente atractivo para el lector. Y es que en España la amenidad fue verdadera obsesión en los novelistas que, como él, escribieron para las primeras generaciones masivamente alfabetizadas, provistas aún de muy escaso hábito lector. «[T]odo lo que es entretenido —declaraba Sender—, como dice Baroja en sus *Memorias*, es siempre bueno».⁶² La misma preocupación manifestó insistentemente Josep Pla, por ejemplo,⁶³ o el estudioso del periodismo Alfonso Ungría, quien proclamaba en 1930:

El estilo periodístico es claro, sintético, persuasivo, pedagógico [...]. Presupone en el lector escasa cultura y pocas ganas de leer. Ésta es la razón por la cual una de las más preciadas cualidades de estilo de un periodista es la amenidad.⁶⁴

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 35-36.

⁶¹ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, ed. cit., pp. 105-107.

⁶² *Ibid.*, p. 107.

⁶³ Josep Maria CASASÚS, *Lliçons de periodisme en Josep Pla*, Barcelona, Destino, 1986, pp. 214-215.

⁶⁴ *Grandeza y servidumbre de la prensa*, Madrid, Editorial España, 1930, p. 60.

Para ser leído había que adaptarse necesariamente a las condiciones de un público poco avezado, en general, y tal circunstancia parece la principal a la hora de explicar el predominio del llamado periodismo de opinión o ideológico en España cuando en otros países occidentales imperaba ya —a partir de la primera guerra mundial, aproximadamente— un periodismo informativo.⁶⁵ En España, desde finales del XIX y durante todo el primer tercio del XX pugnaron ambas modalidades, la informativa y la ideológica, aunque todavía con mayor peso de esta segunda.⁶⁶

En las primeras décadas de nuestro siglo, el tradicional afán educativo de la literatura española se manifestó también, y con especial intensidad, en el periodismo. Eran los momentos iniciales del sufragio universal, los años en que se configuró la llamada sociedad de masas, cuando la prensa resultó instrumento ineludible en la orientación del «nuevo soberano», las masas electoras, a las que se pretendía inducir y aconsejar lo más explícitamente posible.

A mi entender, esta coyuntura sociológica contribuye a dar cuenta —dentro de la tradición periodística española— de la abundancia de géneros híbridos, entre informativos e interpretativos, como la crónica, que, procedente de Francia, arraigó aquí con facilidad a finales del XIX. En esta misma tradición hay que insertar los más significativos reportajes senderianos: así, el publicado en *El Sol* en marzo de 1926 sobre el caso de «El muerto resucitado», conocido luego como «El crimen de Cuenca», o el que publicó ya en 1933 en las páginas de *La Libertad* sobre la matanza por parte de la Guardia de Asalto de veintiún campesinos en Casas Viejas (Cádiz), donde se había proclamado el comunismo libertario.

En el caso de «El crimen de Cuenca», Sender, «enviado especial» de *El Sol*, actuó no sólo como cronista de los hechos sino también como activo esclarecedor de los mismos. Antes de que se confirmaran las primeras informaciones viajó al lugar de los sucesos. Allí, en Tresjuncos y Osa de la Vega (Cuenca), paseó incluso al reaparecido José María Grimaldos, el presuntamente asesinado en agosto de 1910, con el fin de que sus convecinos aceptaran definitivamente que no se trataba de ningún fantasma —como llegaron a decir— ni de otra persona que el desaparecido años antes. Con las limitaciones que imponía la censura, Sender procuró en sus escritos —publicados en las portadas y contraportadas del diario madrileño entre el 6 y el 11 de marzo de 1926— subrayar la situación de las verdaderas víctimas del caso, los dos acusados, que por entonces habían pagado ya con más de diez años de cárcel, y para ello no dudaba en interpretar expresamente los hechos —de Grimaldos dijo en seguida que «parecía un anor-

⁶⁵ Sigo la clasificación del periodismo en el mundo occidental que apunta, con otros, Ángel BENITO, *Fundamentos de teoría general de la información*, Madrid, Pirámide, 1982, pp. 74-75.

⁶⁶ José Luis MARTÍNEZ ALBERTOS, *Curso general de redacción periodística*, Barcelona, Mitre, 1983, p. 277.

EL LUGAR DE SENDER

mal, quizá un idiota»— o en servirse de recursos específicamente literarios, como el estilo indirecto libre o la recreación lírica de la realidad.⁶⁷ Y, como bien se sabe, sobre la base de este reportaje escribió luego con sorprendente fidelidad una de sus mejores novelas, *El lugar del hombre* (1939), y su versión definitiva, *El lugar de un hombre* (1958).

Los sucesos de Casas Viejas de enero de 1933 conmovieron a la República. Poco después de llegar las primeras noticias a Madrid, Sender se desplazó a la población andaluza acompañado de otro periodista interesado en los hechos, Eduardo de Guzmán, redactor-jefe del diario anarquista *La Tierra* (Madrid). Desde el primer artículo estableció Sender un pacto narrativo con el lector: apuntaba la posibilidad de que el avión en que viajaba ganara tiempo al tiempo volando en dirección contraria al Sol algo más rápido que la Tierra en su giro sobre sí misma; de esta manera habría «presenciar lo que ha sucedido ya».⁶⁸ Finalmente, Sender contaba, en efecto, los hechos como un verdadero testigo presencial, acercaba los personajes al lector y relataba, en fin, la historia con parecidas licencias y perspectiva con que afrontaba sus novelas. Ahí radicó, a mi juicio, la diferencia más importante entre su reportaje y el de Eduardo de Guzmán, rico también en detalles e incluso en elevación lírica pero que no llegó a actualizar o a «novelar» la historia como su colega.

Y si nos atenemos a lo que dijeron los reseñistas del momento hay que convenir en que Sender acertó plenamente. *Mundo Obrero* calificaba el reportaje de nuestro autor como «el más veraz, el más real y emocionante de cuantos se han intentado hacer. Nada está vedado en él, todo está dicho de una manera clara, suficiente».⁶⁹ Lázaro Somoza destacaba el «objetivismo» del relato, su «fuerza dramática», y anotaba que el episodio central del reportaje, el que informaba del asalto a la choza del cabecilla de la sublevación, «Seisdedos», parecía un «capítulo de novela que nos llena el alma de terror y la conciencia de gritos de protesta».⁷⁰

Poco antes Sender había manifestado algo que ilustra bastante acerca de los supuestos teóricos en que fundaba tanto sus novelas como sus reportajes: «La historia contemporánea registra hechos que por sí solos poseen una categoría artística. No es necesaria la mano del poeta para dar-

⁶⁷ Sobre este reportaje senderiano puede verse mi citado libro, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, ed. cit., pp. 141-145, o también mi artículo «Ramón J. Sender en los años veinte: detalles de un aprendizaje», *Alazet*, 4 (1992), pp. 144-149.

⁶⁸ «Tormenta en el sur. Primera jornada en el camino a Casas Viejas», *La Libertad* [Madrid], 19 de enero de 1933, p. 3. Sobre este reportaje *vid.* mi libro *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, ed. cit., pp. 270-285.

⁶⁹ ANÓNIMO, «La horrible represión de Casas Viejas», *Mundo Obrero* [Madrid], 27 de enero de 1933, p. 4.

⁷⁰ «Impresiones de lectura. Dos libros de Ramón J. Sender: *Madrid-Moscú* y *Viaje a la aldea del crimen*», *La Libertad* [Madrid], 1 de abril de 1934, pp. 7-8.

les naturaleza literaria, porque ya son bastante elocuentes».71 Y, días antes de iniciar el reportaje sobre Casas Viejas, constataba el interés de los lectores por las «interpretaciones novelescas de lo que sucede».72 El uso de recursos considerados literarios en escritos de intención periodística se ha de explicar como una búsqueda de eficacia en el logro de los fines propuestos: captar, conmover y avivar el sentido de «protesta» —como decía Lázaro Somoza— en el lector, y en un lector no de tratados, ni siquiera de ensayos, sino de periódicos.

«Detrás de todo trabajo periodístico hay una excitación a obrar», escribía Alfonso Ungría en 1930.73 Y bien lo sabía Sender, que había publicado en *El Sol* entre enero de 1925 y mediados de 1930 alrededor de trescientos cincuenta breves editoriales —«Notas de la redacción» las denominaba el periódico—, en los que normalmente solicitaba ante las instancias administrativas competentes soluciones para los problemas que acuciaban al Aragón de aquellos años. Y para ello hilvanaba con frecuencia sus textos de acuerdo con recursos y procedimientos propios de la retórica clásica. Luego, entre septiembre de 1930 y julio de 1932, también había practicado un combativo periodismo de opinión y argumentación en las casi doscientas «Postales políticas» que envió al diario cenetista *Solidaridad Obrera*.

Si en los reportajes la pretensión persuasiva resultaba relegada o condicionada por las necesidades informativas, en el periodismo de opinión se convertía en explícita y prioritaria. Como textos diseñados para seducir y convencer, tales artículos primero habían de remover los esquemas y agarraderos en que el lector estaba cómodamente instalado, parecía preciso desestabilizarlo para conducirlo luego en el sentido deseado. Y aquí encaja la pertinaz tendencia senderiana a presentar la realidad de manera poco convencional.74

La literatura de nuestro autor guardó siempre bastante del afán —tan periodístico— por incitar al lector, por removerlo y transformarlo. Con ello, Sender seguía fiel a la ya aludida tradición educativa de la literatura española, especialmente acentuada cuando el aragonés nació al mundo de las letras: recuérdese el empeño quijotesco de Unamuno por remover las conciencias, el deseo de influencia de Ortega o el espectacular desarrollo del ensayismo durante el primer tercio del siglo.

Como ya dijimos, después de la guerra Sender dejó de ser periodista en sentido estricto, aunque siguió siendo un escritor que gustaba de cola-

71 «Teatro político de Piscator. El drama documental», *La Libertad* [Madrid], 31 de diciembre de 1930, p. 9.

72 «Hechos y palabras. El realismo y la novela», *La Libertad* [Madrid], 6 de enero de 1933, p. 1.

73 *Op. cit.*, p. 63.

74 En este sentido, son interesantes las sugerencias de Rafael BOSCH en «La *species poetica* en *Imán*, de Sender», art. cit., pp. 33-39, basándose en el concepto de «extrañamiento» de Shklovski.

EL LUGAR DE SENDER

borar en periódicos. Charles King localizó más de ochocientos artículos suyos distribuidos por ALA —la agencia fundada y dirigida por Joaquín Maurín— desde el 3 de enero de 1953 hasta la muerte del novelista, veintinueve años después.⁷⁵ Y muchas de sus últimas obras presentan una peculiar mezclanza genérica que parece deber bastante a la dedicación periodística de tantos años. Pienso en *El fugitivo* (1976), *Ramú y los animales propicios* (1980), *Monte Odina* (1980), *Álbum de radiografías secretas* (1982), etc., libros que combinan narración y comentario, que se sitúan entre la novela y el ensayo y en los que el «yo» es el principal —si no único— elemento vertebrador, como si de una larga columna periodística se tratara. Ya casi al final de su vida, en 1978, dedicó el autor un artículo al «quehacer periodístico» donde anotaba que la primera obligación del «periodista literario» —como decía él— o columnista es ayudar a los otros a ser humanos y «tratar de serlo nosotros mismos».⁷⁶ Sin duda, ésta fue la principal pretensión del Sender periodista.

⁷⁵ «Sender's Column, "Los libros y los días", 1975-1982: An Annotated Bibliography», Mary S. VÁSQUEZ (ed.), *Homenaje a Ramón J. Sender*, ed. cit., p. 201. Para conocer los entresijos y avatares de tal colaboración, *vid.* Francisco CAUDET, *Correspondencia Ramón J. Sender - Joaquín Maurín (1952-1973)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1995.

⁷⁶ *Apud* Charles L. KING, *op. cit.*, p. 216.